

corro, y mandó cubrir de obuses la aldea de Vierzehn-Heiligen, queriendo atacarla con las llamas antes de atacarla con sus bayonetas. Al mismo tiempo envía oficiales y mas oficiales al general Ruchel, para instarle á que acuda, y le promete la victoria si llega á tiempo, pues segun él están á pique de retroceder los franceses. Todo aquello era una vana ilusion, hija de un valor ardiente pero ciego, pues la fortuna habia decidido las cosas de otro modo. Augereau desemboca al fin por medio del bosque de Iserstedt con la division de Desjardins, liberta la izquierda de Ney, y rompe el fuego contra los sajones, que defienden el *Schnecke*, mientras que el general Hendelet los ataca en columna cerrada sobre la carretera que va de Jena á Weimar. Al otro lado del campo de batalla, el cuerpo del mariscal Soult, despues de arrojar del bosque de Closewitz los restos de la brigada de Cerrini, así como á los fusileros de Pelet, y rechazar el destacamento de Holzendorf, dispara sus cañones sobre el flanco de los prusianos. Viendo Napoleon el progreso que hacian sus dos alas, y así que supo la llegada de las tropas que se habian quedado atras, no temió empeñarse en la lucha con todas las fuerzas que habia en aquel terreno, inclusa la guardia, y manda avanzar. Entonces se comunica á toda la linea un impulso irresistible: los nuestros empujan á los prusianos ya deshechos, y los arrollan hácia el terreno inclinado que baja del Landgrafenberg al valle del Ilm. El regimiento de Hohenlohe y los granaderos de Hahn de la division de Grawert, quedan destruidos casi del todo por el fuego ó la bayoneta; el general Grawert es gra-

vemente herido, al tiempo de dirigir su infantería; y ningun cuerpo se mantiene firme. Metralhada la brigada de Cerrini, retrocede hácia la reserva de Dyhernn, que en vano opone sus cinco batallones al movimiento de los franceses, pues descubierta á poco, no tarda en ser alcanzada, envuelta por todas partes, y reducida á desbandarse. El cuerpo de Tauenzien, reunido por instante, y conducido de nuevo al fuego por el príncipe de Hohenlohe, sufre la derrota, general á todos los demas. En cuanto á la caballería prusiana, aprovechándose de la falta de caballería pesada francesa, dió algunas cargas para cubrir á su infantería ya rota; pero nuestros cazadores y húsares le hacen frente, y aunque conducidos varias veces, vuelven sin cesar á la carga, sostenidos y embriagados de gozo con la victoria. A aquella retirada en desórden se sigue una carnicería espantosa, haciendo los nuestros á cada paso prisioneros, y apoderándose de baterías enteras de artillería.

En tan grande peligro, acude al fin, pero demasiado tarde, el general Ruchel, marchando sobre dos líneas de infantería, con la caballería de su cuerpo á la izquierda, y á la derecha la sajona, mandada por el valiente general Zeschwitz, que habia ido á tomar aquellas posiciones espontáneamente. Con estas tropas sube al paso las laderas inclinadas que van á parar del Landgrafenberg al Ilm; pero al mismo tiempo bajan en derredor de él como un torrente los prusianos y franceses, perseguidos los unos por los otros, de suerte que fué acogido por una especie de tempestad apenas se presentó en el campo de batalla. Mien-

tras avanza, con el corazón oprimido al ver aquel desastre, los franceses se precipitan sobre él con el ímpetu propio de soldados victoriosos, siendo la primera que se dispersa la caballería que cubría su flanco izquierdo. Aquel desgraciado general, amigo poco inteligente pero entusiasta, de su país, sufre personalmente el primer choque; mas recibe un balazo en el pecho y es conducido medio muerto en brazos de sus soldados. Su infantería, privada de la caballería que la cubría, se ve atacada de costado por las tropas del mariscal Soult, y amenazada de frente por las de los mariscales Lannes y Ney; de lo cual resulta que sobrecogidos de terror los batallones situados en el extremo izquierdo de la línea, se desbandan, arastrando en su fuga el resto del cuerpo de ejército. Para colmo de infortunio, llegan á galope, al mando de Murat, los dragones y coraceros franceses, impacientes por tomar parte en la batalla, rodean á los batallones desbandados, acuchillan á los que procuran mantenerse firmes, y persiguen á los demas hasta las orillas del Ilm, donde hacen una multitud de prisioneros.

Quedaban únicamente en el campo de batalla las dos brigadas sajonas de Burgsdorf y Nehroff, que despues de haber defendido con honra el *Schnecke* contra las divisiones de Hendelet y Desjardins del cuerpo de Augereau, habian sido forzadas en su posicion por la destreza de los tiradores franceses, y operaban en retirada, formando dos cuadros. Estos cuadros presentaban tres frentes de infantería y uno de artillería, cuya última arma formaba el frente de detras, y las dos brigadas sajonas iban retirándose, parándose unas

véces, disparando cañonazos otras, y luego prosiguiendo su marcha. La artillería de Augereau les seguia haciéndoles disparos, y una nube de tiradores franceses corria tras ellas, molestándolas con su fuego de fusilería, cuando Murat, que acababa de arrollar á los restos del cuerpo de Ruchel, cae sobre las dos brigadas sajonas, y manda cargar con furia á sus dragones y coraceros. Los dragones llegan á la primera, pero no pueden entrarle: vuelven á la carga y la rompen; mientras que el general Hautpoul ataca á la segunda con los coraceros, la rompe tambien, y le causa los destrozos que una caballería victoriosa hace en una infantería cuyas filas ha roto. Aquellos desgraciados no tienen otro recurso que entregarse prisioneros, suerte que tambien cupo al batallon prusiano de Boguslawski, á quien sucedió lo mismo. El valiente general Zeschwitz, que habia acudido con la caballería sajona á socorrer á su infantería, hace inútiles esfuerzos para sostenerla, pues es envuelto por ella, y tiene que ceder á la derrota general.

Murat ordena sus escuadrones, con el fin de recoger nuevos trofeos, y corre hacia Weimar, pues á alguna distancia de aquella ciudad habia destamentos de infantería, caballería y artillería, mezclados confusamente en la cumbre de una cuesta larga y rápida, que forma la carretera, y va á parar al fondo del valle de Ilm. Dichas tropas aglomeradas sin orden ni concierto, apoyábanse en un bosquecillo llamado Webicht, cuando de pronto aparecen los brillantes cascos de la caballería francesa. Algunos fusilazos, disparados por instinto de conservacion, salen de aquella multitud aterrada.

da, á cuya señal se precipita en masa hácia la cuesta que hay que bajar para ir á Weimar: peones, ginetes, artilleros, todos se arrojan unos sobre otros en aquel abismo, atrayendo sobre sí un nuevo desastre digno de compasion. Murat lanza parte de sus escuadrones, los cuales empujan con las puntas de los sables á aquella aterrada horda de fugitivos, y la persiguen hasta las calles de Weimar, mientras que Murat da un rodeo, deja atras la ciudad, y corta á los prusianos y sajones, haciendo milláres de prisioneros.

De setenta mil prusianos que se presentaron en aquel campo de batalla, no quedó un cuerpo en pie, ninguno se retiró en buen orden. De cien mil franceses, pues á este número ascendian los cuerpos de los mariscales Sault, Lannes, Augereau, Ney, Murat y la guardia, pelearon unos cincuenta mil cuando mas, siendo suficientes para arrollar al ejército prusiano, cuya mayor parte, como si se hubiese apoderado de ella una especie de vértigo, tiraba las armas, no conocia banderas ni oficiales, y corria por todos los caminos de Thuringe. La campiña que hay entre Jena y Weimar, estaba cubierta de unos doce mil prusianos y sajones, muertos y heridos, y de cerca de cuatro mil franceses, entre muertos y heridos tambien, viéndose tendidos en el suelo, y en número mas que regular, una porcion de oficiales prusianos, que pagaron noblemente con su vida las insensatas pasiones que abrigaban. Quince mil prisioneros y doscientas piezas de artillería, cayeron en poder de nuestros soldados, ébrios de gozo; los obuses de los prusianos prendieron fuego á la ciudad de Jena, y desde las colinas donde se dió el

combate, se veian las columnas de llamas que se levantaban en medio de la oscuridad; y los obuses de los franceses surcaban á Weimar, amenazada de igual suerte. Los gritos de los fugitivos que atravesaban las calles corriendo, y el ruido de la caballería de Murat que las recorría á galope, llenaban de espanto á aquella encantadora ciudad, noble asilo de las letras, y teatro pacífico del comercio intelectual mas bello que entonces se egercia en el mundo. Parte de los vecinos de Weimar, así como de Jena, habian abandonado sus hogares, y los vencedores disponian como dueños supremos de ambas ciudades, estableciendo almacenes y hospitales en las iglesias y sitios públicos. Napoleon volvió á Jena, y se ocupaba, como lo tenia de costumbre, en recoger los heridos, oyendo gritos de *viva el emperador!* mezclados con los ayes de los moribundos. ¡Escenas terribles, cuyo aspecto no podria tolerarse, si el genio y heroísmo desplegados en ellas no fuesen mas poderosos que el horror que inspiran, y si la gloria, lumbrera que todo lo embellece, no las iluminara con su brillante esplendor!

Empero por grandes que fuesen los resultados ya conseguidos, Napoleon no sabia aun hasta donde se extendia su victoria, ni los prusianos hasta donde llegaba su infortunio, pues mientras sonaba el cañon en Jena, se oia tambien resonar á lo lejos hácia Naumburgo. Napoleon miró muchas veces á aquella parte, diciendo para sí que los mariscales Davout y Bernadotte, quienes tenian á sus órdenes cincuenta mil hombres, nada podian temer del ejército prusiano, pues creia háberselas en Jena con las principales fuerzas de

ese mismo ejército; por lo cual mandó repetidas veces á dichos mariscales se dejasen matar hasta que no quedase uno, antes que abandonar el puente de Naumburgo. El príncipe de Hohenlohe, que se retiraba profundamente afligido, oyó también cañonazos por la parte de Naumburgo, y se inclinaba á dirigirse hácia allí, atraído unas veces y disuadido otras, por las noticias que llegaban de Awerstaedt, sitio en que estaba acampado el ejército del duque de Brunswick. Unos decían que dicho ejército habia conseguido una victoria completa, y otros por el contrario que habia sufrido un desastre, mayor aun que el del príncipe de Hohenlohe; pero no tardó éste en saber la verdad. Hé aquí lo que sucedió aquel día memorable, en que á cuatro leguas de distancia se dieron dos batallas sangrientas.

El día antes marchó el ejército real en cinco divisiones hácia la carretera que va de Weimar á Naumburgo, y recorriendo aquellas laderas, que forman ondulaciones como las olas del mar en la campiña de Thuringe, y van á terminar en costas escarpadas hácia las orillas del Saale, se detuvo en Awerstaedt, poco antes del desfiladero de Kosen, posicion militar muy conocida; es decir que anduvo cinco ó seis leguas, no sin que se creyese que era mucho para tropas que no estaban acostumbradas á las fatigas de la guerra. Bivacué, pues, el día 13 por la noche, delante y á la parte opuesta de la aldea de Awerstaedt, alimentándose mal, por no saber subsistir sin almacenes, y cuidándose muy poco, ni mas ni ménos que el príncipe de Hohenlohe, de los boquetes por donde era una cosa posible se presentasen los franceses.

Mas allá de Awerstaedt, y antes de llegar al puente de Naumburgo, se encuentra una especie de ensenada, bastante ancha y cortada por un arroyo, que despues de dar algunos rodeos va á reunirse con el Ilm y el Saale. Dicha rada, cuyos planos están inclinados uno hácia el otro, parece un campo de batalla á propósito para contener dos ejércitos, sin mas obstáculo entre ellos que un arroyo fácil de pasar. El camino que va de Weimar á Naumburgo lo recorre de una parte á otra, descendiendo al principio hácia el arroyo, lo pasa por un puentecillo, se eleva en seguida sobre el plano opuesto, y atraviesa una aldea llamada Hassenhausen, que es el único punto de apoyo que existe en medio de aquel terreno descubiertó. Mas allá de Hassenhausen, el camino se detiene de pronto al llegar al borde exterior de la ensenada de que se trata, y baja rápida y tortuosamente hácia las orillas del Saale, ó lo que es lo mismo hácia el desfiladero de Kosen, por debajo del cual se halla un puente, llamado de Kosen, ó de Naumburgo.

Sabiendo, pues, que los franceses estaban en la parte opuesta del Saale, por Naumburgo, lo natural era que los prusianos fuesen á tomar posiciones, á lo menos con una division, en la cima de las rampas de Kosen, no para pasar por allí, puesto que lo único de que se trataba era de ocultar aquel paso, sino para impedir que los franceses penetraran por él, mientras que cubiertas las demas divisiones por el Saale, proseguian su movimiento de retirada. Ninguno del estado mayor prusiano pensó en ello sin embargo, contentándose con enviar á hacer un reconocimiento algunas patrullas

de caballería, que se retiraron despues de hacer algunos disparos de pistola contra los puestos avanzados del mariscal Davout. Por estas patruillas supieron que los franceses no se habian situado en el desfiladero de Kosen, y creyéndose con esto en seguridad, al dia siguiente debian atravesar tres divisiones la ensenada que acabamos de describir y ocupar las rampas por donde se baja á las orillas del Saale, mientras que las otras dos divisiones, las cuales iban detras de las tres primeras al mando del mariscal Kalkreuth, tenian órden de apoderarse del puente de Freyburgo sobre el Unstrat, para asegurar al ejército el paso de aquel punto, situado en la confluencia del Saale.

Inútil es pensar en muchas cosas cuando se está en un campo de batalla, sino se piensa en todas, porque el punto que se deja olvidado es justamente el que escoge el enemigo para sorprendernos. Tan grave era en aquellos momentos descuidar el desfiladero de Kosen, como abandonar á Napoleon el Landgrafenberg.

El mariscal Davout, á quien Napoleon situó en Naumburgo, no solo tenia muy buen criterio, sino una firmeza extraordinaria, una severidad inflexible, y se mostraba inclinado á vigilar atentamente, por lo amigo que era de cumplir con su deber, y porque era muy corto de vista; por manera que aquel guerrero ilustre debia á un defecto físico una cualidad moral. Como le costaba trabajo distinguir los objetos, los observaba muy de cerca, y luego que los veia, hacia que otros los viesén, abrumando con preguntas á los que se hallaban á su alrededor, no descansando ni dejando que na-

die descansase hasta no adquirir los informes necesarios, y no resignándose jamás á vivir en la incertidumbre en que se aduermen tantos generales, dejando á merced de la casualidad su gloria y la vida de sus soldados. Aquella noche fué á reconocer personalmente lo que sucedia en el desfiladero de Kosen, y por algunos prisioneros hechos de resultas de una escaramuza, supo que se acercaba el gran ejército prusiano guiado por el rey, los príncipes y el duque de Brunswick. Inmediatamente envió un batallon al puente de Kosen, y mandó á sus tropas se pusiesen en pie á eso de media noche, á fin de ocupar antes que el enemigo las alturas que dominan el Saale. Hallábase á la sazón el mariscal Bernadotte en Naumburgo, con órden de dirigirse á donde creyese mas útil, y especialmente de ayudar al mariscal Davout, si este lo necesitaba; por lo cual se trasladó á Naumburgo Davout, participó á Bernadotte lo que acababa de saber, le propuso combatieran juntos, y hasta se ofreció á ponerse á sus órdenes, pues los cuarenta y seis mil hombres que entre los dos reunian no eran demasiado para hacer frente á los ochenta mil que, segun fama, componian el ejército prusiano. El mariscal Davout insistió en nombre de consideraciones de mucho peso; y si el mariscal Lannes, ó cualquier otro, hubiese estado en el lugar de Bernadotte, no se hubiera invertido el tiempo en inútiles esplicaciones: mas decimos si el generoso Lannes hubiese visto aparecer al enemigo, habria abrazado á un rival, por mucho que le odiase, y peleado con entusiasmo. Pero el mariscal Bernadotte, interpretando del modo mas torcido las órdenes del

emperador, se empeñó en dejar á Naumburgo para dirigirse hácia Dornburgo, donde el enemigo no se habia presentado siquiera. ¿De qué provenia tan estraña resolucion? De un sentimiento detestable, por el que se sacrifica muchas veces la sangre de los hombres, y la salvacion del estado: Bernadotte obraba así por ódio, por envidia, por espíritu de venganza (1). Bernadotte aborrecia, y

(1) A continuacion verán nuestros lectores una carta que el emperador escribió al principe de Puente-Corvo despues de la batalla de Awerstaed, y confirma nuestros asertos. En dicha carta espresa Napoleon su descontento, aunque no con la vehemencia propia del que sentia.

*Al principe de Puente-Corvo.*

Witemberg, 25 de octubre de 1806.

He recibido vuestra carta, y puesto que ya no tiene remedio, no os acriminaré por lo pasado. Vuestro cuerpo de ejército no se ha hallado en el campo de batalla, y esto ha podido ser muy fatal para mí. Sin embargo, os habia mandado terminantemente que os halláseis en Dornburgo, paso principal para el Saale, el mismo dia en que el mariscal Lannes se hallase en Jena, el mariscal Augereau en Kala, y el mariscal Davout en Naumburgo. Por no haber ejecutado estas disposiciones, os mandé á decir aquella noche que si seguiais aun en Naumburgo, debiais marchar hácia donde estaba el mariscal Davout para ayudarle. Cuando recibisteis esta órden, estábais todavia en Naumburgo, y no obstante preferisteis emprender una marcha falsa para volver á Dornburgo, con lo cual no habeis asistido á la batalla, teniendo que sufrir el mariscal Davout los principales esfuerzos del ejército enemigo. Todo esto es muy triste, etc.

mucho, al mariscal Davout por motivos bastante frívolos, y le dejó entregado á sus propias fuerzas, las cuales consistian en tres divisiones de infanteria y tres regimientos de caballeria ligera. El mariscal Bernadotte se llevó consigo hasta una division de dragones que habia sido desmembrada de la reserva de caballeria, para que ayudase á los cuerpos primero y tercero, y de la cual no podia disponer esclusivamente.

Sin embargo de esto, el mariscal Davout no anduvo indeciso sobre el partido que tenia que tomar, pues resolvió impedir el paso al enemigo, y que no le quedase un soldado, antes que dejar abierto un camino que Napoleon ponía tanto empeño en querer cerrar. El 13 por la noche se puso en marcha hácia el puente de Kosen, con las tres divisiones de Gudin, Friand y Morand, las cuales formaban veinte y seis mil hombres vivos y efectivos, la mayor parte de ellos de infanteria, que afortunadamente era la mejor del ejército, pues aquel inflexible mariscal mantenía en sus tropas una disciplina de hierro. Con aquellos veinte y seis mil hombres se proponia pelear contra setenta mil, segun unos, y ochenta segun otros, aunque en la realidad eran sesenta y seis mil. En cuanto á los soldados, no estaban acostumbrados á contar el enemigo, sea cual fuese su número, y siempre se creian obligados á entrar en lucha, sino es que tambien tenían seguridad de vencer.

Despues de hacer que sus tropas empuñasen las armas mucho tiempo antes que fuese de dia, pasó el puente de Kosen, que habia ocupado la noche anterior, subió con la division de Friand las rampas de Kosen, y fué á parar á eso de las seis